

**Titular:** Sayyed Hassan Nasrallah: El hombre que derrotó a Israel

Por Vijay Prashad

**Biografía del autor:** Este artículo fue producido para Globetrotter. Vijay Prashad es un historiador, editor y periodista indio. Es miembro de la redacción y corresponsal en jefe de Globetrotter. Es editor en jefe de LeftWord Books y director del Instituto Tricontinental de Investigación Social. Ha escrito más de 20 libros, entre ellos Las Naciones Oscuras y Las Naciones Pobres. Sus libros más recientes son Luchar nos hace humanos: aprendiendo de los movimientos por el socialismo, La retirada: Irak, Libia, Afganistán y la fragilidad del poder estadounidense, y Sobre Cuba: 70 años de Revolución y Lucha (los dos últimos en coautoría con Noam Chomsky).

**Fuente:** Globetrotter

### [Cuerpo del artículo:]

Israel asesinó a Sayyed Hassan Nasrallah (1960-2024) porque se negó a detener los ataques contra el norte de Israel hasta que los israelíes pusieran fin al genocidio contra las y los palestinos. Durante el breve alto el fuego israelí, la organización de Nasralá (Hezbollah) también suspendió sus ataques. Cuando los israelíes reanudaron los combates, también lo hizo Hezbollah.

Nasrallah fue asesinado porque era implacable en su apoyo a Palestina. A diferencia de todos los demás dirigentes árabes, Nasrallah había dirigido la lucha contra Israel en dos ocasiones, lo que condujo a su derrota: la primera, cuando Israel se vio obligado a retirarse de Líbano en 2000, y la segunda, cuando Israel no pudo derrotar a Hezbollah en 2006. El hombre que derrotó a Israel fue finalmente asesinado el 27 de septiembre de 2024, junto con miles de sus compatriotas libaneses.

En 2013, cuando la guerra en Siria se recrudecía, entré con un amigo en una zona muy concurrida de Dahieh, un barrio de Beirut (Líbano). Habíamos venido a

escuchar un discurso de Nasrallah. Me habían dicho que Nasrallah hablaría de la razón por la que Hezbollah – que es a la vez un partido político en Líbano y un grupo militar formado para defender Líbano de las constantes incursiones israelíes – había decidido entrar en Siria. Se había instalado una gran pantalla de televisión en el espacio abierto y, finalmente, Nasrallah apareció en ella y fue recibido con fuertes vítores. Escenas similares se habrían observado en otras partes de Líbano, donde Nasrallah habría aparecido en las pantallas de televisión para dirigirse a la gente sobre esta decisión trascendental.

La razón por la que Nasrallah no estaba allí en persona es que Israel tenía como objetivo asesinarle desde que fue nombrado líder de Hezbollah en 1992, a la edad de 32 años. Habría sido suicida para él comparecer en persona. Por ese motivo, se desconocía su ubicación exacta, pero estaba claro dónde podía reunirse la gente para escucharle. El discurso comenzó lentamente, con Nasrallah exponiendo las complejidades de la guerra en Siria y los peligros que suponen para el pueblo libanés los asaltos de Jabhat al-Nusra, el frente de Al Qaeda, cerca de las fronteras. Si al-Nusra entrara en Líbano, dijo Nasrallah, el grupo tendría como objetivo a la comunidad chiíta, pero también a los cristianos y a otras personas. Para proteger Líbano, dijo Nasrallah, los combatientes de Hezbollah tendrían que cruzar la frontera y luchar en las montañas sirias de Qalamoun.

Más tarde, fui con otro periodista a esas montañas para observar los enfrentamientos entre los combatientes de Hezbollah y los de Jabhat al-Nusra. La reverencia con la que los hombres de Hezbollah hablaban de Nasrallah era impresionante, y su propio sentido del destino – defender Líbano del azote de al-Nusra – era imponente. Si el Sayyed les decía que lo hicieran, ellos decían que se haría. Y así estaban allí, lejos de sus hogares, atrapados en difíciles combates con combatientes de al-Nusra motivados por el martirio más que por la necesidad de ganar territorio. Si hubiera una encuesta entre los miembros de Hezbollah y sus familias, Nasrallah tendría universalmente el índice de aprobación más alto.

En su discurso, Nasrallah dijo que era vital para Hezbollah proteger la mezquita de Sayyida Zainab en al-Sitt, a las afueras de Damasco. Según los chiíes twelver, esta mezquita es el lugar de enterramiento de Zaynab bint Ali, hija de Ali y Fátima y, por tanto, nieta del profeta Mahoma. Dado que el santuario es venerado por la comunidad chií, y que los grupos de Al Qaeda habían estado aterrorizando a la población chií en

Siria y atacando santuarios chiíes, la preocupación de Nasrallah resonó entre sus seguidores.

Es vital comprender que, entrevista tras entrevista, Nasrallah afirmó que las divisiones sectarias son un anatema y que la coexistencia es esencial. La entrada de Hezbolá en Siria fue en parte para proteger al Líbano de al-Nusra y en parte para proteger a la comunidad chií en Siria y los santuarios chiíes. Es emblemática de la ubicación de Hezbolá en Líbano como fuerza nacional libanesa y como resistencia islámica (no chií). A lo largo de su liderazgo en Hezbolá, Nasrallah se movió hábilmente entre estos dos aspectos de la organización.

Conduciendo por las ciudades del sur del Líbano, está claro que el apoyo a Hezbolá es inquebrantable. La razón es que fue el ingenio militar de Hezbolá lo que hizo que Líbano pudiera poner fin en 2000 a la ocupación israelí por la fuerza de gran parte de Líbano, que había comenzado cuando Israel invadió Líbano en 1982. Hezbolá nació durante aquel conflicto y demostró tanto su destreza militar como su perspicacia política y su valentía frente a la represión. Nasrallah había estado en Irán de 1989 a 1991, estudiando en el seminario chií de Qom. Cuando regresó a Líbano en 1991, se lanzó a Hezbolá y al año siguiente – tras el asesinato del líder de Hezbolá, Abbas al-Musawi (1952-1992), a manos de los Estados Unidos – Nasrallah se convirtió en el líder de la organización.

Nasrallah puso en marcha inmediatamente una política que se mantuvo hasta su asesinato: Hezbolá sólo atacaría objetivos militares israelíes, pero si Israel atacaba a civiles libaneses, entonces Hezbolá tomaría represalias contra civiles israelíes. Cuando Israel se retiró derrotado en 2000, Hezbolá declaró públicamente que no atacaría a nadie en Líbano que colaborara con la ocupación israelí. Los libaneses tenían que sanar y convertirse en una nación.

En la ciudad costera libanesa de Sur (Tiro), unos desconocidos bombardearon varios restaurantes que sirven alcohol a finales de 2012. Fui a hablar con algunos de los propietarios de estos restaurantes y de una cervecería, y todos me dijeron que habían recibido la visita de gente de Hezbolá que se ofreció a pagar los daños aunque los atentados no habían sido perpetrados por sus miembros. Nasrallah había dicho que, aunque se oponía al consumo de alcohol, no creía que la sociedad libanesa debiera ajustarse a las opiniones sociales de ningún grupo, sino que debía aprender a tolerar las costumbres de los demás.

Por mucho que se hable de Nasrallah y del antisemitismo, convendría tener en cuenta que fue Hezbolá, bajo el mando de Nasrallah, quien ayudó a la reconstrucción de la sinagoga Maghen Abraham de Beirut. “Es un lugar de culto religioso”, dijo Nasrallah, “y su restauración es bienvenida”, declaró Arab News. Es esta actitud la que llevó en parte a Nasrallah a decir a Julian Assange durante un debate sobre Palestina en 2012 que “la única solución es el establecimiento de un Estado, un Estado en la tierra de Palestina en el que los musulmanes y los judíos y los cristianos vivan en paz en un Estado democrático. Cualquier otra solución simplemente no será viable, y no se sostendrá”.

Cuando Israel, con el apoyo de los Estados Unidos, comenzó su bombardeo de Líbano en 2006, parecía seguro que Hezbolá sería demolida. Pero resistió el ataque y contraatacó a Israel. Años antes, amigos de los Estados árabes me preguntaban: “¿Por qué no podemos producir un Hugo Chávez?”, es decir, por qué no podían tener un líder que se levantara contra la injerencia de Occidente y la ocupación de Palestina por Israel. Durante la guerra de 2006, esa misma gente empezó a decir que Nasrallah era su Chávez, que era la encarnación de Gamal Abdel Nasser. El hecho de que Hezbolá no fuera destruido y pudiera defenderse por sí mismo demostró a amplios sectores del mundo árabe que Israel perdió esa guerra.

La victoria se atribuye en parte a la capacidad de Nasrallah para convertir a Hezbolá de una fuerza militar en parte integrante de la “sociedad de la resistencia” (mujtama’ al-muqawama) en amplias zonas de Líbano; esta sociedad de la resistencia configuró la visión del mundo de los pueblos del sur de Líbano y del valle de la Bekaa, donde se comprometieron con la lucha a largo plazo para poner fin a la ocupación israelí de Palestina y a las intervenciones israelíes en el sur de Líbano. Es esta comunidad de resistencia la que define la resistencia de Hezbolá, más que los miles de misiles que tiene escondidos en túneles por toda la región meridional de Líbano. Los israelíes intentaron matar a Nasrallah muchas veces durante y después de 2006, pero no lo consiguieron. A menudo hablaba de que uno de sus discursos era el último, ya que no estaba claro cuándo lo encontrarían los israelíes.

El asesinato de Nasrallah produjo conmoción en todo Líbano porque había ido creciendo la opinión de que no se le podía matar. Pero Nasrallah era un hombre, y los seres humanos mueren de una forma u otra. Robert Fisk le pidió que explicara qué significaba prepararse para el martirio, según un artículo suyo de 2001. “Imagina que

estás en una sauna”, dijo Nasrallah. “Hace mucho calor, pero sabes que en la habitación de al lado hay aire acondicionado, un sillón, música clásica y un cóctel”. Esa habría sido su actitud cuando cayeron las bombas israelíes.

En 1997, su hijo mayor – Muhammad Hadi – murió en una emboscada israelí en Mlikh. Fue una pérdida personal para él. Al día siguiente de su muerte, Jawad Nasrallah, su hijo, fue al lugar del espantoso cráter resultante de 85 bombas de 2.000 libras y 500 libras lanzadas por aviones israelíes y gritó atormentado mirando los cuerpos arrasados. Hasta ahora, los continuos bombardeos israelíes se han cobrado la vida de más de 1.000 personas en Líbano y han desplazado a más de medio millón. Una sociedad que vive a la expectativa de la guerra lucha ahora contra la crueldad que le confiere un liderazgo desesperado en Israel, al que le gustaría convertir su genocidio de los palestinos en una guerra contra Líbano y, en última instancia, contra Irán. Las acciones de Israel han abierto las fauces del infierno.

Mientras tanto, se izaron banderas negras en el santuario del Imam Reza en Mashhad, Irán, y en el santuario de Sayyida Zeinab en las afueras de Damasco, Siria; este es un honor que pocos reciben, ni siquiera el Ayatollah Ruhollah Khomeini (1902-1989) obtuvo este honor. La conmoción que ahora invade el mundo árabe se disipará pronto. Hezbolá intentará recuperarse. Pero no podrá reemplazar fácilmente a Sayyed Hassan Nasrallah, el único dirigente árabe que podía pretender legítimamente derrotar a Israel.